

DOS CUENTOS DE JUAN INTROINI

El canto de los alacranes

—Mire Gálvez, voy a ser completamente sincero con usted. Yo no pienso seguir adelante con el caso, al menos no como hasta ahora, ocupándome a full del asunto. Y le voy a decir por qué: en primer lugar, la evidencia que tenemos es poca y muy floja, no se aguantaría ante un juez, todo está basado en el relato de un loco, otro relato de ese tipo, Acosta, no siempre claro, que asegura y testimonia como amigo lo que el sujeto le confió antes de la noche en cuestión. Después tenemos a Juana, la ex-mujer, que por un lado demanda al Ingeniero, obviamente tratando de sacarle dinero, y por otro acusa a Acosta de haberse guardado una parte de la plata que Almada le confió.

—¿Y yo qué gano en todo esto?, dijo Gálvez con tono hastiado, dejando ver que no le interesaba el asunto, que más bien le aburría, después de tomar un largo trago de cerveza tibia y observar al abogado de soslayo con sus ojos saltones asomando por detrás de los gruesos cristales.

Estaban sentados sobre un tronco, a la sombra de un gran pino, contemplando el resplandor que se elevaba del mar entre los chillidos de las gaviotas. El abogado había elegido aquel lugar por parecerle el más discreto para aquella conversación pero no se sentía cómodo y estaba deseando terminar la entrevista.

—Puedo ofrecerle un veinte por ciento, dijo de pronto, después de meditar unos instantes. No será un trabajo pesado, sólo realizar discretas averiguaciones, observar, hablar con algunas personas, todo fácil para alguien como usted que conoce el ambiente. Por supuesto, también deberá ocuparse de los trámites ante el juzgado.

—Me parece poco, observó Gálvez sin mirarlo esta vez, concentrado en dibujar círculos concéntricos en la arena con una ramita.

—Mire Gálvez, usted no está en condiciones de exigir nada; después del escándalo del contrabando y de ese feo asunto con los coreanos, con el título suspendido y la reputación arruinada, ¿cree que le van a llover los trabajos? En este caso sólo puede sacarse plata del Ingeniero y es lo que espero lograr pero hay que andar con cuidado, nada de cagadas. Por supuesto, yo no me haré responsable de nada de lo que usted haga pero como lo conozco hace años y hemos hecho un par de negocios juntos le ofrezco un veinticinco y es todo.

—Usted no conoce este lugar, dijo Gálvez. Ahora le parece animado y hasta próspero porque estamos en verano y hay mucha gente que vino de la ciudad con plata para las vacaciones. Vuelva en julio y verá que éste es un sitio de mala muerte, habitado por gente que sobrevive como

puede, la mayoría sieteoficios, jubilados, pescadores y después están los otros. Esas declaraciones que usted dice tener valen muy poco: tanto Acosta como esa mujer, la Juana, cambiarán su versión en cuanto aparezcan algunos pesos y con el Ingeniero nadie se mete. Aquí la verdad es como esos arenales, va cambiando de forma cada pocos días y lo que molesta desaparece tragado por los sumideros.

—Está bien, dijo el abogado, mi oferta final es un treinta y ahora quiero que hablemos de la evidencia. A Almada lo encontraron al amanecer vagando por la playa. Estaba completamente desnudo y repetía todo tipo de incoherencias. Los pescadores que le reconocieron dicen que estaba excitado y hablaba sin parar de un laberinto, de alacranes y pantallas. Como no entraba en razones decidieron llamar a la policía que a su vez lo trasladó a un psiquiátrico.

Estaba sentado de espaldas a la puerta en el ángulo más alejado y miraba hacia la pared. La habitación era amplia y se encontraba en una semipenumbra agradable en contraste con el sol de afuera, los muebles eran escasos y muy usados: una estrecha cama con correas, un par de sillas y una mesita con un gran jarro de plástico y un vaso junto a la pequeña ventana de barrotes. Los vidrios habían sido mal tapados con pedazos de una lona azulada. Lo llamé por su nombre pero no me contestó, parecía absorto en la contemplación de ese ángulo oscuro. Cuando me adelanté un par de pasos su voz me advirtió: “procure no errar el camino, no vaya a pisar las baldosas blancas o estará perdido”. Me detuve en seco y recién entonces me fijé en el piso: un embaldosado grisáceo muy gastado, con vestigios de muchas pisadas, arrastres y manchas que hablaban de sufrimiento y de dolor. Fingí avanzar con cautela, moviéndome despacio, con pasos breves y medidos, como buscando no equivocarme en cada una de las pisadas. El me dejaba hacer, pero cuando llegué al centro me dijo: “eligió todas las blancas, no falló en ninguna, eso me habla de su alma más que todo lo que pueda decirme”. “No sea absurdo, le repliqué algo irritado y ya harto de seguirle el juego, ¿dónde ve usted baldosas blancas, negras, rojas o verdes en este suelo descolorido y manchado?” “Los colores están aquí —se señalaba la cabeza— como todo lo demás, y por supuesto en la Gran Pantalla. Es imposible escapar al Orden virtual, ni siquiera sé si es posible elegir entre blancas y negras.” Sólo entonces giró un poco y lo pude observar de medio perfil: el rostro bronceado se veía demacrado, consumido entre arrugas prematuras y el fulgor breve de un ojo. Apoyaba los brazos sobre las rodillas y las manos curtidadas parecían liar un interminable cigarrillo.

“Hábleme del Ingeniero”, le largué de sopetón. No se inmutó, esbozó algo así como una media sonrisa y después de un largo silencio, me

contestó enigmático: “El pertenece al Orden virtual”. De repente intuí que era mejor no interrogarlo, no acosarlo, darle un tiempo, así que agarré una silla, me senté y no tuve que esperar mucho.

“Esa noche –comenzó– estaba decidido a todo, entré en el jardín por un agujero en el muro que bien conocía y me moví furtivo, como un ladrón. Me metí en el laberinto llevando el revólver en una mano y una linterna sorda en la otra. Esa noche descubrí que estamos ciegos, que contemplamos el mundo como unos abombados, sin entender nada. Es así, llegamos y nos vamos de este mundo sin entender nada, pensando que todo es un caos donde manda la casualidad. Y no es así. Esa noche yo vislumbé el Orden, fue como que me abrieran la cabeza y me iluminaran el cerebro por un instante. De repente vi y todo cambió, hasta mi lenguaje; siempre fui un hombre simple, apegado a las cosas, aunque bien mirado, ¿hay hombre, por bruto que sea, que pueda decirse que tenga un alma simple? Yo entendí que me faltaban palabras para sacar todo eso que me descubrí adentro y por eso ahora pido diccionarios, pido que me enseñen el camino al mundo virtual.

Esa noche di mil vueltas en mi afán de llegar al centro pero una y otra vez me equivocaba y tenía que volver a empezar. Me encontraba girando en círculos, siguiendo senderos que llevaban a un punto muerto, volviendo al lugar de partida, pero nada de todo esto me desanimó. Calculo que sería más de medianoche cuando enfilé por un caminito estrecho, casi oculto entre arbustos espinosos. Todo estaba muy silencioso y las pantallas callaban mudas. El camino era sinuoso pero sentí que me llevaba directo al centro. Entonces el corazón me dio un vuelco y allí cometí un error fatal : excitado por el hallazgo abandoné todas las precauciones y me dejé llevar por mis piernas ansiosas. El sendero desembocó en un claro donde había una gran pantalla de reflejos azulinos. Me dirigía a ella como hipnotizado cuando mis pies se metieron en el sumidero. Sentí que la arena me tragaba pero ya era tarde, en pocos segundos me había hundido hasta la cintura. Tiré a un costado el revólver inútil y busqué con la linterna alguna raíz a la que aferrarme. No había nada, sólo arena por todas partes. Sin embargo y cuando ya pensé que estaba perdido, el hundimiento se detuvo. Estaba decidido a no gritar, a no aflojar por nada del mundo así que me quedé inmóvil por largos minutos que me parecieron eternos. De repente apareció la luna en todo su esplendor e iluminó el jardín; entonces los vi: eran cientos de alacranes que formaban un círculo a mi alrededor moviéndose muy despacio, todos con sus colas erguidas apuntando a la luna, todos entonando un canto inolvidable.

El resto es confusión y olvido: sentí esa iluminación de que le hablaba, sentí que iba a morir, sentí que amaba ese canto, sentí que me desvanecía. No sé cómo llegué aquí.”

Nos quedamos un largo rato en silencio. Después recuperé mi condición de abogado y le dije:

—¿Quiere presentar una demanda contra el Ingeniero?

Entonces echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada que fue creciendo y creciendo con cada inflexión, como el torrente desbordado de la locura. Me levanté molesto y salí dando un portazo.

Hice discretas averiguaciones sobre el Ingeniero. Por alguna razón, aunque lo consideran un chiflado todos le temen. No logro sacarles más que lugares comunes y vaguedades del tipo “un vecino ejemplar”, “no se mete con nadie”, “es un poco extraño pero buena persona”, “contamos con su generoso aporte para las causas comunitarias” y otras cosas por el estilo.

Consulté a mis contactos en Estados Unidos. No me aportaron demasiado. Parece que efectivamente trabaja para una importante firma tecnológica desde hace unos veinte años. Al principio cifraron grandes expectativas en él porque los impresionó como una mente creativa y hasta brillante pero luego se fue volviendo cada vez más excéntrico. Nunca dejó de cumplir con su trabajo pero parece que en el campo de la investigación se encerró en ciertos aspectos de un proyecto con una concentración obsesiva desentendiéndose de lo demás. Por este motivo, lo fueron derivando hacia tareas rutinarias, auxiliares o de mantenimiento, y lo desplazaron de los proyectos más ambiciosos. El no se quejó, más bien pareció gustarle, y continuó cumpliendo con sus obligaciones. Nada se sabe de su vida privada en Chicago, en parte porque tiene todo el perfil de uno de esos tipos que se encierra durante horas con la computadora y nada le importa de lo que pasa a su alrededor, que parece no tener necesidad o apetencia de otros seres humanos; en parte, y esto lo sugiere uno de mis informantes, porque es muy astuto, muy cuidadoso y sabe no dejar huellas.

Aquí tiene los legajos con las declaraciones de Acosta y de esa mujer, Juana. Verá que contienen una mezcla de medias verdades, juicios caprichosos, hechos arreglados para que encajen, deseos de quedar bien, todo bien adobado por esa codicia sorda que no se atreve a manifestarse abiertamente. En esto tiene que hurgar usted.

Gálvez tomó las carpetas, acabó de un largo trago la cerveza y empezando a incorporarse dijo: “¿Así que vamos cincuenta y cincuenta?”